

Insigne héroe del cristianismo, ornamento preclaro de la España católica, acoge benigno los sinceros homenajes que la Nobleza Madrileña te ofrece en este día, y atiende la súplica que en su nombre me atrevo á depositar ante tu resplandeciente trono. Salva á España, que es nuestra patria querida, en el tiempo; salva la Religión, que es nuestra verdadera patria, en la inmortalidad.—Así sea.

## SERMON

### DE LA BEATA MARÍA ANA DE JESÚS.

*Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.*

Trayendo siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos.

(2.<sup>a</sup> ad Corinth. c. IV, v. 10.)

Dos vidas, dice el Doctor de la gracia, reconoce, confiesa y recomienda la Iglesia de Jesucristo: una en la fe, y en la realidad la otra: una en peregrinación, y otra en estable feliz mansión para siempre: una en trabajo, otra en descanso: una activa, contemplativa la otra: la primera de mérito, y la segunda de premio: basta; necesitaríamos hacer muy largo exordio si fuéramos á presentar todas las bellísimas y oportunas comparaciones que establece San Agustín al hablar, tan ingeniosamente como sabe, de esta doble vida de los hijos de Cristo, en el tiempo y en la eternidad, en la lucha y en la victoria, en la tierra, en fin, y en el cielo.

Pero Clemente de Alejandría, al reconocer en el Salvador dos vidas, una oculta y otra pública; al contemplar en el Verbo hecho carne, por nuestro amor, una vida separada del mundo, y otra provechosa al mundo en la manifestación de su gloria y su majestad, que en expresión del Crisólogo, como que

se traslucía y se reflejaba al través de los velos de su humanidad sacratísima, y no obstante los esfuerzos de su humildad asombrosa, nos adelanta un paso más en el camino de esa doble vida de que estamos hablando, para comprender, en toda su extensión misteriosa y su sentido místico é inefable, las palabras del grande Apóstol que he colocado por tema del presente panegírico.

Caná, Carfarnaum, Betsaida, el mar de Tiberiades, la región de los Gerasenos, y sobre todo el Thabor, son otras tantas compensaciones de gloria otorgadas, aun durante la vida mortal, al que por nosotros se humilló hasta la muerte; y entre la mortificación, y el silencio, y la soledad, y las persecuciones, y las calumnias y los oprobios, brillan de vez en cuando los albores del día de la Resurrección: y después, en los cuarenta días que aún vive entre nosotros, antes de subir al cielo, se anticipa gloriosamente para la humanidad de Jesucristo esa vida de que habla San Agustín, reservada á los hombres para después de la muerte, pero anticipada, en ciertos casos y en asombrosas é inefables maneras, para los que viven la vida de Dios, muriendo desde su nacimiento al mundo.

Y estamos ya en María Ana de Jesús, mi Santa y gloriosa paisana, hija de la Villa y Corte, según la carne; de la pila afortunada de la parroquial de Santiago Apóstol, nuestro Patrón, según el espíritu; de María de las Mercedes, Redentora de cautivos en España, según esa doble vida en que vamos á contemplarla: Santa esencialmente española, como acabáis de oír, nacida en el corazón de su patria, bautizada bajo la tutela del Santo Apóstol de los españoles; vivificada al calor de María, vida y alma de esta tierra de santos y de héroes; y de María, inspirando á D. Jaime el Conquistador, á Raimundo de Peñafort y á Pedro Nolasco, la idea, y el grito, y la obra de santa libertad para los cautivos españoles de Orán, de Túnez, de Fez y de la Goleta, á costa de la propia libertad y de la propia vida: ved si todo esto no es suficiente para declararla santa española por antonomasia y por excelencia.

Pero ya lo he indicado, mis hermanos: no es precisamente bajo este aspecto, aunque bien agradable y entusiasta para nosotros, como voy á considerar á María Ana en estos momentos: que antes que española es Santa, y santa con la doble vida que marca San Pablo en las frases de mi texto: en una palabra, *María Ana de Jesús penitente, María Ana de Jesús gloriosa*: ved toda la pobre traza de mi discurso, basada en natural división sobre la grandiosa afirmación del Apóstol: *Semper, etc.*

Dios mío, que en ese adorable Sacramento vivís vida oculta especial á la vez humillado y glorioso, descifradme á mí, pobre pecador, que sólo sé vivir la del cuerpo, los inefables y dulcísimos secretos de la vida interior, de la vida del alma, consecuencia precisa de la vida mortificada, espiritual y penitente: si mis ruegos y los de mi auditorio no bastan, interpondremos la preciosa mediación de vuestra Madre, á la que saludaremos llena de gracia con el Angel:

AVE MARÍA.

Inocencia ó penitencia: he aquí, hermanos míos, el perfecto é ineludible dilema de la salvación eterna, el problema más importante, el único, según la autorizada afirmación del Salvador, para la pobre humanidad engolfada en la vida de la tierra: pero dilema cuyos dos extremos hace igualmente prácticos, en unión admirable, la ínclita María Ana de Jesús, á semejanza de Luis, el angélico, el hijo de los Marqueses Gonzaga.

Siempre llevando la mortificación de Jesús en su cuerpo, me veo obligado á repetir una vez más con San Pablo: castigando su carne inocente con santa crueldad desde los albores mismos de la vida: retirada en los rincones de la morada paterna ante la imagen del Crucificado, su *esposo de sangre*, según la frase de la Escritura Santa: haciendo saltar la suya en repetidas flagelaciones: demacrando su bellissimo rostro con repetidas abstinencias, y con tormentos originales y extraños:

privada de su amante madre en los instantes mismos en que más indispensable le era su presencia para gozar de libertad en esa misma penitente y oculta vida, la pobre niña ve aumentar sus dolores y sus penas hasta lo infinito en los malos tratamientos y en la aspereza de su padre, en las crueldades de su madrastra, en las burlas y el desprecio de sus hermanas, en la persecución de los domésticos y amigos todos, que se apresuraron á hacer práctico en ella el terrible dicho del Salvador sobre este particular, privándola de toda libertad, amargando sus espirituales delicias, envenenando sus místicos placeres, arrastrándola brutalmente hacia el mundo, proponiéndola violentamente el matrimonio; constituyéndose, en fin, en tentadores de la infeliz doncella, que apura hasta las heces, como buena española, el cáliz presentado á los hijos del Zebedeo cuando Salomé, como acaso la madre de María Ana, pedía para sus hijos los tronos más elevados en el cielo.

Y cuando aparezca el sol, después de tan espantosos nubladitos; cuando comience para María Ana un período de tranquilidad y de sosiego, merced á la misericordia y á la omnipotencia y sabiduría de Dios, que haya tocado el corazón de sus misteriosos instrumentos de mortificación divina; cuando después de una tentativa de abandono del hogar doméstico, parecida á la de Teresa de Jesús, en su exaltación de niña por el martirio, regrese á la casa que la vió nacer y sufrir, para entregarse en ella, mientras le sea posible, á la vida de penitencia y á los ejemplos de virtud con que, á semejanza de Magdalena, perfumó aquellas moradas de tan dulces recuerdos para la Beata, Satanás rugirá en el fondo de su calabozo eterno, y por permisión de Dios vendrá al desierto espiritual de María Ana, para tentarla como á Job en el de Huss, y al abad Antonio en el de la Tebaida; y se entablará otra vez más la lucha entre la mujer y la serpiente, lucha jamás extinguida, como desde el principio comenzada; y la virgen y el ángel del odio se contemplarán mil veces cara á cara, como Jesucristo con el mismo en el desierto; y la cabellera de María Ana no volverá

á crecer, para que el tentador no se aproveche, cual Dálila pérfida de Sansón, de ese secreto de su hermosura, y ella conserve, reservado por Dios, el de su espiritual indestructible fuerza; y el cilicio ceñirá dolorosa y cruentamente sus carnes; y su frente una corona de espinas; y su pecho un puñado de abrojos, que la joven penitente apellida con gracia profundamente escrituraria su *ramillete*, como si no hubiera bastado el que de *mirra hacecillo apretado* le regalara anteriormente el Divino Esposo; su calzado, lleno de piedrecillas, mortificará de mil maneras sus pies fatigados por el bien y por la caridad, y se desangrará frecuentemente sobre su lecho de zarzas y de cambrones, como Benito el Patriarca de Occidente, en los momentos precisos de la tentación para la victoria.

Y Satanás, vencido, acudirá á sus antiguas armas: y volverá á su padre, y convertido, como él sabe hacerlo tantas veces, en ángel de luz, de su primitivo origen, le hablará en nombre de Dios, y del amor paternal, y del Santo Tribunal de la Fe, inspirándole un espantoso temor de ver á su hija confundida con el embaucador Cazalla y con los demás visionarios funestos de aquellos días: y la privará nuevamente de toda libertad, y la obligará á residir siempre entre el bullicio de la casa y del mundo: y para mayor prueba y espiritual horrible destrozo del corazón de la que llevaba por más noble apellido á Jesús, hasta su director espiritual, temeroso, y acaso también alucinado, la rechazará para siempre de sus pies, y sólo hallará consuelo, porque Dios no extrema en su bondad tales amarguras, á los del R. P. Fr. Juan Bautista del Santísimo Sacramento, Mercedario y Fundador después de la reforma de esa ilustre Orden, á la que Dios llamaba á la ínclita hija de Madrid, y la llamaba por medio de un varón de apellido tan divino: y estamos ya en la segunda parte.

Sí, hermanos míos; porque en gracia de la brevedad no voy con vosotros á ver á María Ana á la celdilla del convento de Santa Bárbara, ni á contemplar su estrado, que es una estera, ni su reclinatorio, que es una cruz, ni su cama, que es un pe-

dazo de corcho, ni su almohada, que es un trozo de viga; ni vamos á examinar sus cuadros, que son instrumentos de mortificación, empapados en su sangre; ni á estudiar, como debíamos, su método de vida, ni á sentarnos á su mesa....., ¡basta! ¡basta de vergüenza por cierto, para los hijos del siglo en que vivimos, y que atravesamos esos sitios de gloriosos, tradicionales y santos recuerdos, glaciales, indiferentes, olvidados, admirando sobre sus ruinas los edificios de la moderna Babilonia! ¡basta! ¡no podemos seguir á María Ana de Jesús por este camino!

¿Qué vida, de Jesús, manifestada en su cuerpo, según la frase de San Pablo, vivió la heroína mercedaria, precisamente y á consecuencia de la vida de mortificación, desde su infancia iniciada tan constante y penosamente como acabáis de ver? pues en primer lugar la vida espiritual, la vida de la gloria y del premio, anticipada, la vida hasta material y sensible, la vida del milagro, lo voy á decir de una vez, la vida de Jesús, manifestada en María Ana, hasta corporalmente, por la santa y divina Eucaristía.

Era, en verdad, muy niña cuando por primera vez se unió á ese Jesús de la Vida, de la Resurrección, de las Apariciones, de la Ascensión y del Espíritu Santo y de los Dulces Consuelos en el Augusto Sacramento de nuestros altares; pero ya conocía, con luz sobrenatural é infusa sus grandezas; y leía con penetración infalible é inefable en el libro de sus misterios: vivía, y vivía vida gloriosa en la Trinidad, en la Encarnación, y más que todo en ese Divino arcano, en que veía con tal claridad, según de ella se afirma, que apenas tenían cabida los obsequios noblemente humildes de la fe católica: vivía, y vivía vida gloriosa, hasta material y física, en ese Dios, que la sostenía viva entre sus espantosas penitencias y entre sus acerbos sufrimientos morales; que trasformaba á veces su rostro, y luchaba, como Jacob, con el ángel, y quería hacerla hermosa y fuerte, mientras ella pugnaba por aparecer horrible y demacrada y desfallecida: la servía, en fin, de sabroso y nutritivo alimento toda vez que

ella suspiraba como Job antes de comer su escasa vianda cotidiana.

Y esa vida se manifestaba, á cada paso, en sus acciones, en sus palabras, en todo su ser, en gloriosísimas apariciones, suavísimos coloquios y maravillosos éxtasis: en las conferencias de su niñez con el Salvador, con María y con su Santo Angel Custodio, cual otra Francisca, viuda Romana: en los trasportes de su juventud y de su edad madura, con la corona de espinas del Redentor, colocada por su Divino Esposo en sus sienes, y su cruz ajustada á sus pies y manos y señalada en ellos con dolores agudos, cual Catalina la Senense: en sus inocentes manifestaciones de amor al Sacramento de tan precioso mote que, cual Isidro, su paisano, la hacían prorrumpir en dulces reproches á las flores de su jardín, porque no se abrían tan pronto como ella deseaba para perfumar sus altares: en sus lamentos, y sencillos deseos, de que no concluyeran jamás, ni en todo el año ni en todo el curso de los siglos, las solemnes fiestas de la Real Congregación de la Guardia y Oración al Santísimo Sacramento en las Cuarenta Horas de Madrid; su piadosa y pronta advertencia á los que nombraban al Sacramento del Altar, sin añadirle con antelación el venerando adjetivo de *Santisimo*: sus poesías, en fin, á este Divino Misterio, vida de su vida, en las que colocaba su flor de cariño y de gratitud en el jardín cultivado más tarde por sus paisanos Calderón de la Barca y Lope de Vega.

¡Párrocos de Santiago y de San Miguel, donde María Ana ofreció á Dios su vida de la materia á cambio de su vida del espíritu! ¡Venerable Padre Fr. Antonio del Espíritu Santo, del Convento de San Bernardino, su primer director espiritual! ¡Mercedario ilustre ya nombrado, que la recibiste y confortaste en la tribulación, y la llevaste al retiro de Santa Catalina de los Donados primero, y al portal contiguo al convento de Santa Bárbara, después! ¡Doña Isabel de Borbón, Doña Juana Zapata, Doña Elvira Manrique de Lara, Marcos Gil Varrón, pobre ciega Toledana! Dichoso joven cortesano, nuevo Fran-

cisco de Borja, retirado por ella del mundo y sus peligros! ¡hablad! ¡levantaos del polvo y la oscuridad del sepulcro, y contadnos la vida de Jesús, gloriosa, aun durante esta mortal y transitoria, en María Ana! ¡Marqués de Siete Iglesias, noble víctima de los rigores de la fortuna, y escarmiento de las ilusiones de la privanza! levanta otra vez tu cadalso y tu capilla, y dinos si fueron verdad, dichosa para ti, las frases de la Beata mercedaria al saber tu sentencia de muerte: *¡esa es su salvación!* ¡palabras de vida eterna escapadas de los labios de María Ana!

Mas venid ya, señores, á esa otra vida de realidad palpable y augusta, un día, á que se refieren en sentido literalmente extricto las hermosas frases de San Pablo: contemplad por un instante siquiera los restos mortales de la Beata, gloria de Madrid; fijaos en su bello retrato, hecho á su vista por Vicente Carducci; que esos restos, y ese retrato, no son en manera alguna los restos y el retrato de la muerte, sino los restos y el retrato de la vida, en su más perfecta y admirable expresión; que ante esos restos, y ese retrato, bien puede apostrofiarse irónicamente con San Pablo, á la dominadora del mundo por el pecado: ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿dónde tu aguijón? ¡Has quedado absorta y humillada y vencida, en el cuerpo de María Ana de Jesús, por Aquel que dobló tan sólo por tres días su cerviz ante tus golpes para precipitarte después en el abismo desde sus montes eternos!

Morir, ha dicho bien Aparisi y Guijarro, es para el justo saltar únicamente del mar embravecido del tiempo á las playas tranquilas y firmes de la eternidad: por eso, y en esa forma murió, y vive María Ana de Jesús, apareciendo como Él, desde ese eterno continente, desde esa perdurable tierra firme, en Madrid, inmediatamente, á su dichoso confesor Fr. Juan de San José: á otro director espiritual suyo, en los Algarbes: en Sevilla, á Fr. Miguel Ostavat, hijo del Serafín de Asís: en Salamanca á Fr. Gaspar de los Reyes: en su mismo lecho de muerte á Doña María del Zarco, para que la vea mejor incorporada:

en su sangre, en la sangre de sus penitencias, germen glorioso de su vida, líquida como la del mártir de Nicomedia, y fragante como los restos del Labrador Patrón de Madrid, á Doña Micaela de Obregón, que la desentierra, empapada en el pavimento de su pobre celdilla: en los objetos que usó en la vida, y á los que comunicó esa vida excepcional, eterna y gloriosa: en su Rosario, aplicado á un niño atacado de perlesía, para contener para siempre el horrible temblor de sus miembros: en su cama, sanando al vizcaíno Domingo Chavarría, puesto de hinojos sobre ella: en sus vendas, en sus paños interiores, bañados en agua fría, para templar los ardores de su pecho, inflamado en amor divino, viviendo un exceso de vida material, por consecuencia de la del espíritu: en sus funerales, sólo comparables á los de Jacob y Abner, en la alegría del triunfo, más que en la expresión del dolor: en las conversiones: en la protección á su pueblo..... basta: María Ana de Jesús, que vivió la vida de mortificación desde su infancia, vivió, vive y vivirá la vida de ese mismo Jesús, en la gloria, en la majestad y en la grandeza.

Santa paisana mía, admirable, cual Catalina la Mártir, en la filosofía celestial que para los sabios de su tiempo deseaba el grande Apóstol: ya que vos deseabais que todos mirasen al sol y á las flores, y á la naturaleza toda para ser buenos y agradecidos al Dios que os hizo tan grande, yo deseo y quiero miraros á vos como al mejor sol de mi patria en que se retratan todas sus glorias y resplandecen todos sus blasones: orad, pues, por este pobre pueblo vuestro, María Ana; por la feligresía de Santiago, que os vió en su pila; por la Comunidad de Mercedarias de D. Juan de Alarcón, que conserva vuestros gloriosos vitales despojos; por España, vuestra patria, y por la Religión, vuestro amor, para que viviendo todos la vida vuestra y de Jesús en la penitencia, vivamos al fin la vida vuestra y de Jesús resucitados en la gloria.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE LA BEATA MARÍA ANA DE JESÚS,

---

*Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.*

Trayendo siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos.

(2.<sup>a</sup> ad Corinth., c. IV, v. 10.)

*Exordio.*—Las dos vidas de que habla San Agustín en su Tratado 124 sobre el Evangelio de San Juan.—Confirmación por Clemente de Alejandría.—El desierto.—La vida pública.—Antes y después de la Resurrección.—Las apariciones de los cuarenta días que mediaron entre ella y la Ascensión.—El cuerpo glorioso.—Las compensaciones.—El Tabor queda secreto entre los tres circunstantes, hasta la época de la victoria y del triunfo.—Las dos vidas citadas por San Pablo, en María Ana.—Proposición.—María Ana de Jesús penitente, hace resaltar á María Ana de Jesús gloriosa.—Muerta en Jesús, y viviendo en Jesús también.

---

*1.<sup>a</sup> parte.* Inocencia ó penitencia.—Dilema cuyos dos extremos abraza María Ana: muerta al mundo, inocente y mortificada desde niña.—Su infancia.—La pérdida de su madre.—Las persecuciones domésticas.—Las penitencias voluntarias.—Las tentaciones.—Las últimas pruebas.—El director espiritual rechazándola.—Su padre creyéndola hipócrita, y confundiéndola con falsarios en religión.—Sus victorias.

---

*2.<sup>a</sup> parte.* Preterición.—Rigores en la celdilla del convento de Santa Bárbara.—Vida aun física de María Ana por la Eucaristía.—Su resistencia, su belleza, su alimento.—Sus conversaciones, sus afectos, sus trasportes, sus escritos.—Su muerte.—Su rostro.—Su cuerpo.—Prestando vida á todo.—Su sangre.—Su lecho.—Su Rosario.—Sus ropas y objetos de su uso.—Sus apariciones.—Su retrato, por Vicente Carducho.—Deprecación y súplica á la Beata.